

Mi primera vez

TEXTO: ÁNGELA VALLVEY

El otro día leí por casualidad en una web, de esas en las que se insulta gratis bajo la máscara del anonimato, que los escritores somos todos sin excepción unos engreídos, soberbios y de un solipsismo insoportable. Me quedé de una pieza ante tamaña generalización, de bases tan alegre y aterradoramente anticientíficas, porque la verdad es que, verbigracia, yo no me lo puedo permitir, aunque me gustaría mucho. Quiero decir que, si bien lo intento denodadamente, no consigo ser todo lo jactanciosa y pagada de mí misma que desearía. La razón es que he recibido innumerables lecciones de humildad –a través del látigo inmisericorde de la humillación más descarnada– y, en consecuencia, a mi cascada autoestima no se le ocurriría jamás mostrar una actitud semejante. ¿Desde cuándo los caracoles enseñan los dientes, ah..?

La publicación de mis primeros libros, por ejemplo, significó para mí una alegría absurda pero inicua. Cuando me refiero a “publicación” me remito a la primera vez que firmé un contrato, porque anteriormente yo ya había publicado algunas cosas que tenían una forma que recordaba remotamente a un libro, pero no había contraído una obligación por escrito frente a ninguna editorial. Sí, mi júbilo fue exultante y casi místico. Sentí un gozo vulgar, y carente por completo de sentido común, porque por aquel entonces yo aún me creía eso de que la letra impresa es poco menos que sagrada. Como las vacas en la India. Como las Sagradas Escrituras, que para eso se pusieron por escrito y no fueron sólo un recadito verbal divino susurrado al oído de un profeta charlatán que pasa de boca a oreja durante generaciones.

No puedo hablar de mi primer libro, porque en realidad los contraté a pares. Tuve gemelos, como quien dice. De mi editora de entonces, la escritora Gemma Lienas, sólo puedo hablar maravillas: es una mujer dulce pero muy profesional, que sabe mucho de libros infantiles y juveniles, y que no sólo apostó por mis novelas sino que me dio unos cuantos buenos consejos que sirvieron para mejorar la versión definitiva de las historias. Otra cosa fue el contrato que rubiqué, con la editorial SM, donde aquellos libros aún continúan languideciendo tristemente debido, por cierto, a las condiciones contractuales que consentí (hubiera firmado cualquier cosa con tal de publicarlos; de hecho, hubiese vendido a mi madre como mano de obra barata con tal de verlos encuadernados).

El contrato constaba de un par de escuálidos folios que, en mi regocijo, ni siquiera me llamaron la atención por entonces. Junto a mi firma estampó la suya un mandamás de la editorial al que jamás tuve el gusto de conocer. Pensé en él como en una especie de señor medieval que se rebajaba a echar un autógrafo al lado de mi dubitativa signatura plebeya. Oh, qué ingenua era yo antaño, pero qué intuitiva: ya lo creo que se trataba de un señor medieval, dado que en aquel contrato se detallaba sin ningún rubor, y con una naturalidad escalofriante, su derecho de pernada (editorial) sobre mi menda. Sin saberlo, contraí matrimonio con aquel distinguido jefazo y el sello que representaba. Un ayuntamiento editorial cuyas condiciones eran más duras (para ésta que lo es) que el contrato prematrimonial que sin duda firmaría una concursante patria de Gran Hermano si aspirase a convertirse en la legítima esposa de Steven Spielberg. Como para ponerse soberbia.

En aquel par de folios sólo faltaba una cláusula que alegrara: “y en caso de que el editor se enfade con su señora, hijos, suegros o empleados, podrá visitar a la autora de los libros contratados en este documento para desfogarse con ella de la manera que mejor crea conveniente sin que la autora tenga posibilidad de apelar al Convenio de Ginebra ni a ninguna otra zarandaja relativa a los Derechos Humanos”.

(Toma ya, prima. ¿No querías publicar..?)

Aquellas novelas aún permanecen en la editorial SM. He tratado de recuperar los derechos –uno de ellos ya lo han descatalogado y ha vuelto a ser mío, pero es que es una novela mala con avaricia–, y he enviado cartas certificadas al departamento de Derechos de Autor dirigidas “a quien corresponda” (Gemma Lienas, que sí me entendía, no trabaja allí desde hace años). Nadie me ha respondido. No se dignan ni mandarme al carajo. ¿Para qué van a molestarse, si ya firmé aquellas condiciones leoninas que les dan derecho incluso a vender mis riñones por internet..?

ÁNGELA VALLVEY

Ciudad Real, España, 1964. Escritora. Premio Nadal de Novela 2002. Sus libros más recientes son *La ciudad del diablo* y *Todas las muñecas son carnívoras*, publicados por Editorial Destino.